

PRÓLOGO

FOREWORD

Michel Foucault fue un investigador excepcional. Se interesó por diversos temas que podrían situarse en relación con un denominador común: lo insoportable de lo humano que los discursos de dominación con su ejercicio del poder buscan controlar y silenciar. La sexualidad, la locura, los anormales y el sujeto, constituyen algunos ejemplos estudiados en relación con las lógicas históricas, institucionales y discursivas que los circunscriben. Por supuesto, él no inauguró el abordaje de la mayoría de esos temas, pero sí fundó una manera de tratarlos, haciendo de la historia un recurso *sine qua non* para toda crítica. Y esa fue su posición: *la crítica sin reverencias*, es decir, sin dejarse atrapar por las idealizaciones que a veces parecen convertir a los autores en deidades que han de protegerse a fin de conservar una imagen inmaculada de sus obras. Los creyentes abundan, así como las posiciones serviles que encarnan, haciéndose escuderos de sus referentes teóricos idealizados.

Por el contrario, la crítica hecha por Foucault estuvo marcada por su deseo de poner a la luz algo de la verdad que encubren los discursos de dominación, cualquiera que ellos sean, incluidas las teorías. Lógicamente, Foucault mismo no estaba exento de haber naturalizado esos discursos, por lo que su obra puede considerarse un ejercicio crítico para pensar en contra

de sí mismo, de la sociedad y la cultura que lo habitaban. No abundan muchos pensadores así. Marx, Nietzsche y Freud, fueron algunos de ellos y seguramente por esa razón resultaron de sumo interés para él.

Ahora bien, el uso de la palabra “crítica” amerita algunas precisiones, sobre todo en una época en que la voz otorgada de manera generalizada por la virtualidad de las redes sociales pareciese autorizarnos a ejercerla sin reparos. La palabra griega κριτικός (kritikós), que proviene del verbo antiguo κρίνειν (krínein), quiere decir discernir, lo que ha de entenderse como el hecho de ser capaz de distinguir diferencias, orientándose por las lógicas subyacentes a las propiedades de aquello que se estudia o se compara. De ese modo, la crítica requiere, cuando menos, una opinión ilustrada. Difiere, por tanto, del ataque virulento y de las luchas especulares por el prestigio. Una crítica orientada por los narcisismos de las pequeñas diferencias y por el odio resulta tan miope como los halagos fundados en la fascinación.

Cuando se trata de Sigmund Freud, los ataques virulentos abundan. Incluso el destacado filósofo Michel Onfray, a pesar de su conocido y agudo ejercicio intelectual, no pudo evitar caer en la crítica basada en la falacia del argumento *ad hominem* contra Freud, a la cual dedicó más de 500 páginas en uno de sus libros más vendidos. Y es que la influencia del pionero del psicoanálisis en la cultura ha sido tal, que más allá del modo en que su obra sea estudiada suele despertar pasiones diversas, algunas cegadas por el desprecio y otras por una abnegación casi religiosa. Sea como fuere, los conceptos que forjó interrogaron las ingenuidades de la racionalidad idealizada durante los siglos precedentes y brindaron existencia a una práctica de la sospecha rigurosamente orientada hacia la clínica del sufrimiento psíquico. Justamente, por eso Freud no dudó en afirmar su triunfo allí donde el paranoico fracasa, pues el segundo hace de la sospecha una certeza delirante. Freud, en cambio, hizo de la sospecha un modo de interrogar todo saber, comenzando por el que cada uno cree tener

acerca de su propia historia. Esa historia es tratada como una trama discursiva que produce efectos de verdad que se manifiestan en el cuerpo y en el lazo social. Estoy convencido de que esa fue una de las razones por las que el pensamiento freudiano se convirtió en uno de los referentes constantes en las investigaciones de Michel Foucault.

Siendo consecuente con su posición crítica – y vale decir, con la sensatez que a cada uno debería acompañarnos–, Foucault trató a Freud como un autor, no como un padre, lugar que sí parece ocupar para algunos psicoanalistas, razón por la que merced de la culpabilidad que engendra el deseo parricida, pueden verse empujados a cuidar su imagen ideal con inconmensurable esmero.

Sin embargo, una obra que no se critica con rigurosidad puede darse por concluida. A partir de allí, la repetición irreflexiva engendra una esterilidad que suele resultar contagiosa. De allí, que el ejercicio crítico sea enriquecedor, revitalizador y fértil para las teorías. El problema, por supuesto, es que el narcisismo se defiende de la crítica de aquello que ha elevado al estatuto de un ideal con el que se ha identificado. Entonces, a veces pasa que con solo escuchar, o leer, la palabra crítica, quienes están identificados con aquello que se critica se lanzan en feroces ataques defensivos sin haberse procurado la posibilidad de escuchar o leer cuidadosamente los argumentos. Y hay que señalar que hacer crítica no quiere decir atacar, sino, por el contrario, interrogar los argumentos y los fundamentos, las lógicas que constituyen los pilares de una forma de pensamiento, para sacar a la luz lo que ellas engendran y lo que puede repensarse, replantearse o, incluso, fortalecerse.

En ese sentido, como su título lo indica, este es un libro que aborda algunas de las críticas de Foucault al psicoanálisis teorizado por Sigmund Freud. No apunta a interrogar el psicoanálisis construido por los diversos autores que lo han continuado ni las variantes que se han gestado en su seno. Se circunscribe solo a la teoría del pionero del psicoanálisis, por vía de las críticas que para Foucault resultaban claves en vías de estudiar los problemas

que le interesaban. Así, Marco Alexis realiza una lectura crítica de la crítica, lo que hace a este libro doblemente interesante.

Dicho lo anterior, me parece importante mencionar las preguntas que el propio autor enuncia en su introducción y que orientaron su investigación: “¿Quién o qué fue Freud en la obra filosófica de Michel Foucault? ¿Qué importancia Foucault le concedió? ¿Por qué el lugar que le otorgó en su obra? ¿Qué reconocimientos le realizó a su pensamiento? ¿Qué aspectos del decir freudiano fueron problemáticos para él?” Como puede observarse, propone un ejercicio interpretativo sobre el lugar que Freud, en tanto autor, tuvo en la obra de Michel Foucault, abocándose al reconocimiento del valor que esa relación crítica con la obra psicoanalítica del primero imprimió en la obra filosófica del segundo. Pero, también, dejando en claro lo que la obra filosófica de Foucault llega a poner en tensión y en cuestión a los fundamentos psicoanalíticos de la obra freudiana.

Para hilar su trabajo, Marco Alexis sitúa cuatro críticas en particular. La primera retoma las realizadas por Foucault a la fenomenología del sueño, enfrentando el pensamiento de Husserl con el de Freud. Parte del modo en que la teoría freudiana lo habría reducido a una gramática eminentemente simbólica; cuestión que no invalida la interpretación, pero si pone en tensión la labor exegetica propuesta por Freud y los efectos clínicos que esa interpretación conlleva. Así, según declara el autor: “Foucault insistía en subrayar que la aprehensión freudiana del sueño era una visión psicologizante de lo onírico, que imposibilitaba su aprehensión como una forma específica de experiencia al someter enteramente la dimensión imaginaria a la lógica del discurso.”

Por su parte, Foucault destacó la necesidad de tomar en consideración dos dimensiones, la imagen como significado inmanente y la palabra como posibilidad interpretativa, pero que, según su criterio, Freud no logró articular; se trataba de una distancia que sus continuadores se habrían encargado de ampliar. Estas críticas estuvieron soportadas en la hermenéutica de la que

Foucault luego se distanciaria, pero, sea como fuere, tampoco encuentra solución para ella en el estructuralismo, razón por la cual él mismo no se situó como estructuralista ni postestructuralista. Vale decir que, en cuanto a esta crítica, el autor revela cómo, más que una solución de parte de Foucault, está el reconocimiento de una imposibilidad, hasta ese momento, para salir de la aporía.

La segunda crítica aborda la cuestión de la enfermedad mental enfrentando a Marx y a Freud. Parte de la sumisión en que la medicina de lo mental se encontraba con respecto a lo orgánico, e interroga los fundamentos falaces de la psicopatología así concebida. El autor recorre el modo en que Foucault historizó el problema, para lo cual Freud se convirtió en un autor central, destacando su genialidad al fundar “una nueva forma de análisis con la dimensión histórica individual”. No obstante, la crítica se centra en el lugar que ocupa el mito en ese evolucionismo presente, según su análisis, en el modo en que se toma la historia cuando se reflexiona sobre la enfermedad mental y que marcó la obra freudiana. Profundiza en la relación entre las perspectivas historicistas y evolucionistas, señalando que el psicoanálisis de Freud revelaría la insuficiencia para hallar su convergencia. El autor llega a señalar, siguiendo la crítica realizada por Foucault, que “Freud fue incapaz de ubicar sus hallazgos en el medio humano real y concreto en que vivían sus pacientes, y de hacer de los conceptos de su clínica un instrumento de análisis de la sociedad actual”. Sin duda, se trata de una conclusión aguda y que ameritaría todo un debate al que, por cierto, Jacques Lacan se abocó en su retorno a Freud. De hecho, ese debate mantiene hoy a buena parte de los psicoanalistas divididos, pues algunos consideran que extender los conceptos de la clínica psicoanalítica al análisis de la sociedad significaría una sociologización del psicoanálisis y constituiría un error garrafal, mientras que otros defienden la postura de que esa extensión es algo absolutamente necesario, posible, y que no por ello se abandonaría la posición de psicoanalista.

En la tercera crítica se aborda la genealogía del dispositivo psicoanalítico en su relación con las estructuras psiquiátricas del siglo XIX. Toma como punto de partida la *Historia de la locura* en la cual Foucault “establece una relación directa entre el psicoanálisis y el mundo asilar”, ubicando a Freud como el último de una serie de próceres que, en el marco de la medicina, habría concretado maneras de concebir y tratar la locura. Así, muestra la relevancia de la obra freudiana en cuanto a sus aportes en torno a la sinrazón, resguardando la relación médico-paciente como una cuestión central. La crítica circunda el modo en que el médico de aquel tiempo era visto con una cierta aura mística, un representante de la moral e indica que desde entonces los modos en que se concibe la “sinrazón ha quedado anclada a los vaivanes que imponen la figura del médico, por lo que todo el potencial liberador y creador de la sinrazón muere en el cortapisas jurídico político que se requiere para mantener viva la autoridad del psicoanalista”. En esa vía, el autor concluye que el psicoanálisis freudiano puede considerarse un diálogo todavía insuficiente con la sinrazón.

Finalmente, se plantea la crítica historicista al modelo de teorización de Freud, enfrentándolo contra Kant. Trae a colación el acierto, atribuido por Foucault a Freud, de haber reestablecido el diálogo con la sinrazón en el pensamiento médico. A partir de allí, detalla las críticas hechas por Foucault a la psicología, revelando las ilusiones que obnubilan las consciencias de los psicólogos; ni Foucault ni el autor del libro del que es objeto este prólogo, atribuyen esta crítica al psicoanálisis en sentido alguno. La crítica de Foucault al psicoanálisis se concentra en su insuficiencia para avanzar por la vía historicista, la cual es puesta por el autor en tela de juicio a través del diálogo con el modo en que el psicoanalista francés Jacques-Alain Miller aborda y enfrenta la perspectiva historicista de Foucault. Sea como fuere, la crítica de Foucault a Freud, en cuanto la insuficiencia histórica, se expresa de manera textual en que atribuye a “su teorización la pretensión de no historizar la locura, perennizándola, hacia

el futuro como verdad siempre presente en el hombre, hacia el pasado, como verdad inmemorable de la condición humana”. En ese sentido, declara el autor que algunos de los errores atribuibles a Freud estarían relacionados con su cercanía mayor al cartesianismo que al kantianismo, razón por la cual Foucault habría considerado que “con la mitología Freud impugna la historicidad y relatividad cultural que tienen los descubrimientos de la clínica”.

Así, como puede apreciarse, se trata de un libro provocador que, sin lugar a dudas, propone una serie de debates pertinentes para nuestro tiempo, tanto para el psicoanálisis, de cara al modo en que este ha avanzado desde Freud hasta nuestros días, como también de si las críticas señaladas por Foucault han sido o no consideradas entre los psicoanalistas, sobre lo cual, por cierto, es difícil encontrar trabajos detallados, salvo el realizado por Julio Ortega Bobadilla en su libro *Foucault ante Freud*, publicado en 2013, en México, por Paradiso Editores.

Así pues, este es un libro que puede leerse desde ángulos diversos, pero, probablemente, polémico desde cualquiera de ellos, lo que concuerda con el estilo de la crítica foucaultiana y de Marco Alexis. Una lectura valiosa y altamente recomendable que deseo, querido lector, le resulte tan agradable de leer como lo ha sido para mí.

John James Gómez G.

Pereira, octubre 7 de 2019